peladas, tambien; digo que del mal lo menos, mas quiero ser pelada que emplumada. Paréceme, señor pelo, que no hay ya que hacer aquí, pues cuanto me ha querido decir no encaja. Podria yo jugar con él al juego que llaman los niños pelos á la mar y echarle con un soplo á galeras, y no estoy muy fuera de hacerlo; pero antes que le dé yo vaya y se vaya, le quiero hacer una fanega de mercedes, y son: que le doy licencia para que se alabe de que, sin saber lo que ha hecho, me ha hecho sacar del arca un celemin de retórica, porque, con atravesárseme en la pluma y discurrir los símbolos del pelo y de los pelones, he tenido buena ocasion para pintar mi persona y calidades, lo cual es documento retórico y necesario para cualquier persona que escribe historia suya ó ajena, pues debe en el exordio poner una suma del sugeto cuya es, describiendo su persona y calidades, en especial aquellas que mas á cargo suyo toma el historiador. De manera que mi pluma, aprovechándose de sola la travesía de un pelo, ha cifrado mi vida y persona mejor y mas á lo breve que el que escribió la Iliada de Homero, y la encerró debajo de una cáscara de una nuez; ni fué mejor abreviado el artífice Mimercides. Solo un pelo de mi pluma ha parlado que soy pobre, pícara, tundida de cejas y de vergüenza, y que de pura pobre he de dar en comer tierra para tener mejor merecido que la tierra me coma á mí, que si me rasco la cabeza, no me come el pelo; y segun mi pluma lleva la corriente atrevida y disoluta, á poca mas licencia, la tomaran para ponerme de lodo, porque quien me ha dado seis nombres de P, conviene á saber, Pícara, Pobre, Poca vergüenza, Pelona y Pelada, ¿qué he de esperar, sino que como la pluma tiene la P dentro de su casa, y el alquiler pagado, me ponga algun otro nombre de P que me eche á puertas? Mas antes que nos pope, quiero soplarle, aunque me llamen soplona.

APROVECHAMIENTO.

De lo que has leido en este número primero, lector cristiano, colegirás que hoy dia se precian de sus pecados los pecadores, como los de Sodoma, que con el fuego de sus vicios merecieron el fuego que les abrasó. Es sin duda que el mundo y el demonio, por fomentar la liga que tiene hecha con la carne nuestra enemiga, acreditan y honran los vicios carnales.

2. — DEL MELINDRE Á LA MANCHA.

Quintillas.

Por soplar manchó Justina
Saya, tocas, dedos, palma,
Y por el mal que adivina,
Aunque no era tinta fina,
Le llegó la mancha al alma.
Que no hay mas justo recelo
Que temer manchas de lengua,
Pues no hay jabon en el suelo,
Que si te manchan un pelo,
Te pueda sacar la mengua.

¡Ay que me enciende palma, lengua, toca y dedo por quitar un pelo! Ya yo sabia, señora tinta, que vivo en Cuaresma y con velaciones cerradas, sin que ella viniera muy aguda á echar sobre el retablo de mis dedos otro de duelos con el guardapolvo de su luto. Pues no nos coque, que tiempo hubo en el cual, si yo quisiera, me sobraran sacrismochos, que de un instante á otro me quitaran el guardapolvo y me pusieran de veinte y cinco. Pasó aquel tiempo, vino otro, no es por culpa mia. Atribúyolo á la fortuna, que es ciega; al tiempo, que es loco; al albedrío humano, que es voltario; y para decir verdad, parte de culpa tienen unos sulquillos que me han salida á la cara, que algunos los llaman rugas, y engáñanse. No solo son, sino que mi rostro es muy blando de corona, y los cabellos soltadizos, que de noche se me han derribado por cuello, cara y frente, me sulcaron la carne, y me dejaron estas señales, y yo de puro enojada contra tan traviesos cabellos, los segué un agosto, y me unté con sangre de morciégalo, porque no naciesen mas cabellos tan villanos y tan amigos de arar tierra virgen; y aunque hallé remedio para dar carta de lasto á mis cabellos, no le he descubierto para embeber estas alforzas ó bregaduras del rostro, que parece hojaldrado. Una bruja me dijo que no se me diese nada, que diz que las rayas de mi rostro no se me echaban de ver mas que por la palma. Tómame el consuelo, como si en la palma no se vieran las rayas. Ahora bien, pasé de la raya, y saliéronme muchas rayas, no importa, que el alma tiene muchos agujeros, y si huye de la cara, acude á la lengua. Consuélome con que si la tinta se entona por lo mucho que reluce, á poder de goma preparada, tiempo hubo en que relucia mi cara como bien acecalada, tiempo en el cual mi cara andaba al olio, mudando mas figuras que juego de primera, ejercitando mas metamorfosis que están escritos en el poeta de las odas, mudando mas colores que el camaleon estrujando pasas, encalando carbon, desgerumando redomas; en fin, tiempo en el cual estaba en mi mano ser blanca ó negra, morena ó rubia, alegre ó triste, hermosa ó fea, diosa ó sin dias. Verdad es que como esta arte estabularia requiere ciencia y potencia, yo lo compasaba de modo que la potencia la encomendaba á mi mocedad y á mis manos, y la ciencia á tres redomas y dos salseras, y con esto, cuando tañian á concejo en mi villa el dia de fiesta, cantaba yo al son de mi bandurria tres y dos son cinco, y á Dios que esquilan. Mas ¡ay! que no hay tanta infelicidad cuanto haber sido dichosa una persona; este amargo trago, aquesta memoria triste debo yo á la mancha y fealdad que la tinta ha querido poner en los dedos con que yo solia hacer estas maravillas; mas creedme, señora tinta, que aunque mas ufana estéis de haber mandado mis dedos, toca y lengua, y tras esto lo estéis de que la mancha vuestra me llegó al alma, por lo menos no podréis negarme que habeis calificado mi historia, porque de haber vos dado á entender que ya no tengo sumilleres de corps ni de cortina ni sacrismochos despolvorantes, desojados por mi contemplacion, creerán que soy escritora descarnada, desocupada de mociles ejercicios, que ni me vierto ni divierto,

que estoy machucha, que soy de mollera cerrada, que soy cogitabunda y pensativa, y no como otros historiadores de jaque de ponte bien, que de la noche á la mañana hacen madurar una historia como si fuera rábano. Pero porque no se alabe tanto la hermana tinta, ni se precie de manchega y de que se halla bien en estas carnes pecadoras, á fe que la he de quitar con saliva.

¡Ay, ay! Por el siglo del buen Diego Diez, mi padre, que he mojado tres veces el dedo con saliva en ayunas, y no quiere salir la mancha. Demonio es la negra tinta, pues aunque fuera serpiente, hubiéramos ya aventádola, y aun muértola; que, segun dicen en alabanza del ayuno, la saliva en ayunas mata las serpientes; mas, segun veo, esta tinta mientras mas la escupo, cunde tanto como si fuera olio, con que asientan y se entrañan la tinta y colores. Por mi fe que lleva camino de pedir término perentorio y meses de plazo antes de salir á cumplir el destierro: aun si fuese peor de sacar una mancha de las carnes que de los vestidos, seria el diablo. Peor está que estaba, juro como mujer de bien, á lo menos como mujer de buenos, que por quitar la mancha del dedo se me ha entintado la saya blanca de cotonina, puesta de hoy. Ya es esto mal pronóstico, tiros son á mi fama, irremediable pena; que, en fin, para el vestido hay jabon, pero no para la mengua en la fama, contra quien esta mancha arma la mamona, estando en la ley jeroglífica, y quiere que mi misma pluma dispare contra mí la ballestilla.

¡Ay de mí! Por soberbia me tiene la fortuna, pues ansí me trata, pareciéndole que para humillar mi entonacion son necesarias todas estas diligencias. ¡Oh fortuna! admito la advertencia, pero niego el presupuesto. Nadie piense que el intitularme Pícara es humildad superba, ó que pretendo hacer lo que algunos, los cuales disfrazando su nombre, ó debajo de bucólicas éclogas y diálogos pastoriles, intentan lisonjear á otros y ensalzarse á sí mismos, volviendo las trabas en sueltas, trepando con grillos de cordel, y sacando caras de hombres debajo de las máscaras de monas. Que quien entendiere bien qué cosa es nombrarme la Pícara, dará por creido que tomo otro rumbo, y voy ajena de toda soberbia y altivez. Heródes se ensoberbeció tanto un dia, que se vió adornado con ricas ropas de tela, reverberantes con el sol, que deslumbrado del resplandor de su vestido, ó por mejor decir de su ignorancia, dió en decir que era dios y que como á tal le adorasen. Mas como el cielo es enemigo de soberbios, y tanto, que por no poder sufrirlos dió con la carga en el suelo, y aun en el infierno, quiso confundir su soberbia loca á papirotes y aun á menos. Confundióle con manchas, las cuales cayendo sobre la ropa, le traspasaron el alma, como si cada gota llevara una saeta de celestial fuego envuelta en sí. Y fué que un dia le envió tanta agua y con ella manchas sobre su vestido rico, con que le dió bien á entender que su nueva divinidad era ahogadiza y pasada por agua, y aun aperdigada á ser pasada por fuego. Justo castigo, no lo niego. Justa pena contra quien, por verse vestido de oro, se olvida que es de polvo y lodo, como si el oro y cuantos ricos metales hay no trajesen consigo la memoria de la muerte y corrupcion, en razon de que las arenas exhaladas, corrompidas y acabadas, en virtud de su corrupcion, se convierten en zafiros y en las demás piedras y metales preciosos. Y la misma memoria traen las sedas consigo, por haberlas tejido y labrado un gusano, el cual por unos mismos pasos va caminando á la muerte y á hacer su tela. Mas ¿á qué propósito se ha enfrascado Justina en el miércoles de Ceniza, no habiendo pasado Carnestolendas? Yo te lo diré, amigo preguntador. A un Heródes relleno de divinidad postiza, bien fué que la tinta le diese á entender que tenia mas de manchego que de inmortal Dios; pero ni de mi vestido ni del nombre que me doy en esta historia ¿qué soberbia se puede presumir para que así me humille el cielo? Es sin duda que me tienen por tan soberbia los murmuradores de estos mis escritos, que han pedido al cielo que, para humillar mi entono, no se contente con haberme echado en remojo á puro hacer saliva, sino que llueva agua de Guinea sobre mis vestidos. Pues por mi fe que no hay para qué.

Ya seria posible que esta culpa no estuviese en mí, sino en mi saya. Mas por cierto que no sé yo, saya mia, qué culpas sean las vuestras que merezcan tan desproporcionadas penas. Antes de verdad afirmo que en mi vida tuve saya que mas en estado de inocencia viviese. Dióme esta saya un inocente de los que caen por verano, habrá cuatro dias, con tan sana intencion y con tantas reverencias, que tuve escrúpulo de vestir saya tan reverenciada y reverenda, imaginando si acaso la habia rifado á alguna imágen, como el otro que azotaron, porque despues de haber ganado á san Anton la moneda, le rifó todas las cochinillas que le encomendasen aquel año, y lo mismo hizo con una santa Lucía, á quien, despues de ganado el dinero que tenia para aceite para la lámpara, le dijo: Señora santa Lucía, una noche, y sin ojos, bien os podréis acostar á escuras. Con su salsa se lo coma, que á lo menos si pudo rifar la moneda á estos santos, pero no los doscientos amapolos que le mandaron asentar los señores inquisidores por estas insolencias y otras semejantes, que ni en burlas ni en veras es bueno partir peras con los santos, que son nuestros amos. Así que quizá este era rifa sayas, como el otro era rifa cochinos. Pero débome de engañar. Sin duda fué que aquel bendito que me dió la suya habia sido fraile novicio, y al dármela, no me habló, por no quebrar silencio, si ya no es que las niñas de sus ojos, como niñas en fin parleras, me parlaron un monton de cosicas. Tambien es verdad que ayer, que se contaron tres dias despues de la data, salió como ahogado á la orilla del rio, donde me columbró, yendo yo á una ermita de un ventero, y me dijo dos ó tres razones pavonadas, en que me apuntó algo tocante á la saya. Mas como yo estaba ya ensayada y era moza de buenas costumbres y mejores pasos y el hombre no sonaba, no dejé el portante, sino á lo em-

barado, le volví á mirar con unos ojos, que enfrenaran un berraco. Y desde aquel punto y hora quedó tan á tapon el pobre noviciote, que no me ha dicho chus ni mus. Así que la saya no tiene la culpa la pecadora, y no seria justo que, si la culpa es mia, lo pague ella señora saya, que ya se pasó el tiempo de los Sicionios, Píndaros, Colonios, en el cual ahorcaban los sayos y sayas de los malhechores, lo cual despues la gentilidad tomó por hieroglífico de la injusticia que hacen los jueces cuando imponen al inocente la culpa del malhechor. Mas ya podria ser que alguna otra saya mia, compañera vuestra, os hubiese pegado ruines mañas, merecedoras de estas manchas, que esto de malas mañas pégase mas que frisa de verdugo á carnes de público penitente.

Mas ¿qué hago de espulgar culpas de mi saya? Ya no me falta sino mirar si en el alforza se le ha retraido algun pecado nefando ó alguna descomunion de matar candelas, segun ando echándola hurones, que husmeen los deméritos que la acarrearon la mácula. Mas ¿para qué me agasto? Para qué me consumo en despabilar las entendederas? ¿Qué puede haber sido el haberme manchado, lo primero los dedos, y lo segundo un vestido, sino un pronóstico y figura de lo que me ha de suceder acerca de mi libro, si ya no me ha sucedido? ¿Los dedos no son con quien escribo mi historia? Pues ¿quién duda sino que el haber caido en ellos mancha pronostica las muchas que han de poner ó imponer á mis escritos? Acuérdome haber leido que tomando Aristóteles la pluma en la mano para escribir ciertas cosas contra Platon, cayó una china de lo alto, la cual le hirió en el pulgar, y aunque no era nada agorero, dijo: Dedo apedreado no puede apedrear bien.

Y cesó por entonces de impugnar á Platon. A propósito. Mancharse mi dedo, y con el mismo material que le habia de ayudar á escribir, es cierto pronóstico de que pondrán tacha ó impondrán mácula y dolos en los dedos que lo escriben, cuanto y mas en la intencion mia y en la perfeccion de esta mi obra. Y el habérseme manchado la saya con que yo me adorno es indicio que, no solo en la substancia de esta historia pondrán los murmuradores falta y dolo, pero aun en el modo del decir y en el ornato de ella, conviene á saber, en los cuentos accesorios, fábulas, jeroglíficos, humanidades, y erudicion retórica pondrán mas faltas que hay en el juego de la pelota. Pero pongan, que les llamaré gallinas. Murmuren, que sobre lo que se habla no están impuestos millones. Desustancien, que no les engordará el caldo esforzado que de aquí sacaren. Digan, que de Dios dijeron. Deslustren, desadornen. ¿Saben cómo me consuelo? Con una carretada de refranes. Arrastren la colcha para que se goce la moza. Tras diez dias de ayunque de herrero duerme al son el perro. Tañe el esquilon, y duermen los tordos al son. Al son que llora la vieja, canta el cura en la iglesia. Afuera murmuradores, cuyas lenguas son acicates de mi intencion: cuanto y mas que el tiempo, aunque es todo locura, todo lo cura, y es cierto que ningun otro médico da tan infalibles recetas para curar un desengaño. Y por eso dijo bien un poeta: «No hay mancha que con algo no se quite, ni detraccion que el tiempo no desquite.» Si yo manchare ajenas vidas, linajes, estados, oficios ó personas, ó descubriere algun nocivo secreto, el cielo manche mi honor. Mas pues no trato de eso, ¿por qué me quieren matar? Venga jabon, Marina, no te dé pena mi mal, que como dice el refran, no temas mancha que sale con agua. Donosa hisopada, que así me ha salmonado la saya. Vive diez, que como la saya es blanca y se ha salpimentado con tinta, parece naipe de suplicacionero. Mas no importa, que las astutas de un momento á otro momento hacemos verano, y mudamos rostro, edad y casa. ¿Qué aliño para no mudar saya? Vive diez, no digo yo saya; pero á poder de miel cerotera, entrarémos en tantas mudas, que mudemos el pellejo, como la culebra ó culiebra, que así la llaman unas benditas de mi barrio, que llaman á las zapatillas daifas; á las ligas, tenedorcillos; á las calzas, taleguillas; al faldellin, cerco menor; á las piernas, listoncillas; al culantro, cilantro; á las turmas del carnero, hígado blanco; y usan otros nombres á este tono, que los debieron de hallar en la calepina machorra, á quien atribuyó la otra Melibea, que decia que este nombre asno se habia de escribir con equis. Pero dejados asnos á un lado, venga papel, Marina.

APROVECHAMIENTO.

Especial vicio es de gente perdida no llorar los graves desastres de su alma y lamentar ligeros daños del cuerpo. Tal se pinta esta mujercilla, la cual llora la mancha de una saya como su total ruina, y de sus enormes pecados no hace caso. De este género de gente dijo el Profeta: Tienen manchas desde la cabeza á los piés, y siquiera no cuidan del fin en que vendrán á parar males tamaños.

3.—DEL MELINDRE Á LA CULEBRILLA.

Soneto de piés agudos al medio y al fin.

Púsose á escribir Justina, y vió
Pintada una culebra en el papel;
Espantóse, y llamó al ángel san Miguel,
Diciendo: ¡Ay, que es culebra! y me mordió.
Mas ¿si es pintada? Sí es. Mas bien sé yo
Que la culebra es símbolo cruel,
Franqueóla el temor. Luchó con él.
Es cobarde el temor, y amainó.
Ya que vió la figura sin temor,
Discurre así: ¿Acaso este animal
Anuncia solo mal? No. ¿Pues qué mas?
Bienes. ¿Cuáles son? Fuerza y valor,
Prudencia, sanidad. Oh pesia tal,
¿Qué me detengo? Pesar de Barrabás.

¡Jesus, mi bien! ¿Qué has traido aquí, Marina? Buena sea la hora que nombré culebra, pues veo con mis ojos la que con la boca nombré. Mas ¿si es dragon? ¿Si me ha mordido? Si me moriré? ¡Ay Dios! Al rostro me mira; debe de ser salta rostro. Válgame san Miguel, que venció al diablo; san Rafael, que mató al pece. Válgame san Jorge, que mató la araña, y san Daniel, que venció á los leones. Válgame santa Catalina y santa Marina, abogadas contra las bestias fieras. ¡Ayme! ¿dónde huiré? Mas ¿qué boba soy? Que no es cosa viva, sino culebra pintada en el papel, que llaman de culebrilla. Ya parece que se me ha tornado el alma al cuerpo. Ya no tengo miedo. Mas ¡ay, qué necia! que presto nos consolamos las mujeres con cosas pintadas. Debe de ser porque somos amigas de andarlo siempre. Mas, si va á decir verdad, por mal pronóstico tengo ver pintada culebra en el papel, en quien estampo mis conceptos, y especialmente me da pena el haberla visto al tiempo que tomé la pluma en la mano. ¿No fuera este papel de la mano? Ya siquiera, con serlo, persuadiérame á que despues de escrito tuviera mano para hacerme mercedes, y me acarreara honra y provecho, dándome á maravedí el palmo. ¿No fuera este papel de la mano, para ganar por ella á los que blasfemaren de estos renglones, por ser obras de las mias? Si fuera de la mano, creyera que era mostrador del reloj, con que pintan á la esperanza cuerda; pero siendo de culebrilla, entenderé que es amenaza de la invidia, cuyas armas fueron una sierpe ó culebra, que va engullendo un corazon.

¡Ay mi Dios! papel mio, ya que no sois de la mano, ¿por qué no fuísteis del corazon, para que en la historia, donde hago alarde de algunos empleos del mio, fuérades tan felice pronóstico como yo deseo? Necesidad teníades de corazon para mostrarle en las adversidades en que os habeis de ver, y aun cuando tuviérades dos, como las perdices de Paflagonia, no fueran de sobra. Mientras un animal muerto tiene dentro de sí el corazon, tarde y mal le penetra el fuego. Así, si vos, aunque vais muerto, tuviérades corazon, tarde os venciera el fuego de la invidia de mis contrarios, los cuales por momentos intentaran alquitranaros con el fuego de sus lenguas fogosas. Pero siendo de culebrilla, pensaré que sois el fogoso can Cerbero, ó que habeis de ser traidor, y ofreceros á quien de vos se quisiere servir para atacar contra mí la culebrina de su intencion infernal. En ver que teneis culebrilla ó dragon pintado, se me caen las alas de águila, tan propias de mi arriscado ingenio, y me parece que, así como es propiedad del dragon subirse al encumbrado nido de la real águila, donde, con el veneno que allí pone, quitara la vida á sus polluelos, si el águila no se valiera de la preciosa piedra etites, llamada comunmente piedra del águila, que es única para malos partos, para ser gratos y amorosos y tiene otras excelentes propiedades; así pienso que cuando yo mas me encumbrare en el nido de la altísima elocuencia, cuando mas levantare el estilo sobre las nubes de la retórica, entonces el villano y terrestre vulgo hará alas de la envidia y veneno de la murmuracion, y querrá, como el dragon, oprimir los polluelos de mi entendimiento, que son mis conceptos y discursos ingeniosos, que creo son particulares, por haber sido engendrados de un ingenio razonablejonazo, crecidos con leccion varia, aumentados con la experiencia, acompañados y bañados de dulces facecias, que, demás de ser sin perjuicio de nadie, van en un estilo muy aparejado, para dar bohemio á los principotes, cansados de cansar y estar cansados.

Mas ¿de qué temo? ¿Qué me acobarda? Ya pensará alguno que soy agorera, y tengo tanto de esto como de ermitaña. ¿Es posible que la culebra solo anuncia males, y solo es tablilla de malas mensajerías? No lo creo. No hay animal cuyas propiedades en todo y por todo sean tan malignas, que á vueltas de algunas nocivas no tenga otras útiles y provechosas. La hormiga con su golosía daña, y con su diligencia enseña. La abeja con su miel convida, y con su aguijon atemoriza. El leon con su cólera mata, y con su nobleza acaricia. El águila con su fiereza persigue al dragon, mas con su realeza ampara los hijos de la cigüeña montañesa, su media hermana.

Los elementos con sus excesos matan, y con su temperamento vivifican. Los animales venenosos con lo mismo que dañan aprovechan á los heridos. Luego no es de creer que haya animal el cual no tenga algunas buenas calidades que sean pronósticos de algun buen suceso. Segun eso, algo de bueno habrá en la culebrilla que me prometa un venturoso fin. Milagro es que no se me acuerde á mí lo bueno que significa la culebrilla, que no hay hoja en los jeroglíficos ni en cuantos autores romancistas hay que yo no tenga cancelada, rayada y notada. Doyme en la frente con la palma para preguntar á mi memoria si está en casa. Ya, ya. Ya se me acuerdan mil primores acerca del símbolo y buen anuncio de la culebrilla. Moza, abre esas ventanas, que, segun me hierve de concetos esta cholla, no hay papel en casa de Anica la papelera ni tinta en los tinteros para comenzar á discantar los alegres pronósticos que me anuncia para en este caso la culebrilla, cuyo temor he rendido con la memoria de lo que tengo de escribir á este propósito.

Por cierto, si bien lo miro, antes tengo por anuncio de gran consuelo que el papel en quien deposito mis conceptos y mi sabiduría sea de culebrillas. Lo primero, porque quien viere que mis escritos tienen por arma y blason una culebra, pensarán que soy otra diosa Sofía, reina de la elocuencia, y que me convertí en culebra, no para engañar al dormido Adan, como los herejes valentinianos lo afirmaron de la dicha diosa Sofía vuelta en culebrilla, sino para enseñar sabiduría á los endormidos, que no saben en qué mundo viven, segun como lo canta el poético coro de la misma Sofía vuelta en culebra. Y en parte no se engañará quien pensare de mí aquesto; porque yo en el discurso de este mi libro no quiero engañar como sirena, ni adormecer como Cándida, ni trasformar como Circe ó Medea, ni entontecer como Cecrope, ni deslumbrar como Silvia; que si esto pretendiera, no pusiera las redes en la plaza del mundo, ni las marañas por escrito y de molde. Quiero despertar, amonestar y enseñar los simples, para que sepan huir de lo mismo que al parecer persuado. No hablo con los necios que, para ser oidores de mi sala, á los tales cuéntolos por sordos, y aun ternia á gran mer-

ced si para en caso de leer fuesen ciegos, que de esta suerte pensaria que, siéndolo, me serian mas acetas las oraciones que me rezasen á cierra ojos que con ellos. Así que, lo primero, la culebrilla os significa la desengañadora elocuencia mia.

Pintan á Aristóteles como que traslada sus escritos del corazon de una culebra, por ser ella símbolo de la prudencia, astucia y sabiduría. Y así, debo entender que mi autoridad importa que el papel en quien yo escribo sea de culebrilla, porque de aquí colegirán mis devotos, si gustaren, y mis amigos, aunque les pese, que mucho de lo que aquí dije lo trasladé del mismo original de quien Aristóteles trasladó la ciencia con que se alumbra el orbe.

Esculapio, dios de la medicina, tuvo por armas y blason una culebrilla argentada, en memoria de que en figura de culebra hizo en Sicionia milagrosas curas, en especial en materia de ojos. Esto me viene muy á propósito, porque la culebrilla me promete, y yo me prometo, que con mis escritos he de curar y desengañar muchos ciegos, conviene á saber, madres descuidadas, padres necios, inocentes niñas, errados mancebos, labradores tochos, estudiantes boquirubios, viejos locos, viudas fáciles, jueces tardos. Y debérseme ha el blason de segunda Esculapia, pues lo que la culebra rasguña, mis obras lo dibujan. Y si faltare quien me diga un amen, por lo menos podré decir que una escritora ha dicho gran bien de mis cosas, y será tanta verdad, como que yo soy nacida y tengo boca.

El dios Mercurio era el dios de los discretos, de los facetos, de los graciosos y bien hablantes; y este tenia por armas una hermosa culebra, enroscada en un báculo de oro. Segun eso, norabuena os vea yo, culebrilla mia, enroscada en el papel sobre quien yo recliné mi corazon y mis manos; pues con esto entenderán los que en vos vieren mis obras que no les quiero dar pena, sino buenas nuevas, como el dios Mercurio. Que les hablo con donaire y gracia y sin daño de barras. Que si con lisonjas unto el casco, por lo menos no es unto sin sal. Que si amago, no ofendo; que si cuento, no canso; que si una liendre hurto ó fama de alguno, le restituyo un caballo. Que con los discretos hablo bien, y con los necios hablo en necio para que me entiendan. En fin, todas son gracias de Mercurio. Y si doy algun disgustillo, es con palo de oro, que es como palo de dama, que ni dañan ni matan.

Pero ya que tantas cosas se me acuerdan en pro del prójimo, querria dar con alguna en derecho de mi dedo, por no ser del bando de los galeotes, que dicen no se haber ensillado para ellos el refran que dice: Mas cerca está la camisa que el sayo. Ya, ya, una boa; la culebra, para no dar á la muerte franco el postigo de los oidos, por donde el encantador la guia, cose el un oido con el suelo, y el otro zúrcele con la cola para que á puerta cerrada se torne la muerte y aun el diablo. ¡Oh culebrilla, amiga mia, y qué bien me está remirarme en el espejo que me aclara vuestro catecismo, y aprender en él y en vos cómo me he de defender de los que so capa de melosas lisonjas me baldonan! Bien sé que de estos sirenos enmascarados me han de salir á cantar y ladrar juntamente. Unos me dirán: Buena está la picarada, señor licenciado; otro dirá: Gentil picardía; otro: ¡Oh que pícaro libro! Otro dirá: Buena está la Justinada; otros: Bueno es el concetillo, agudo pensamiento, gánasela á Celestina y al Pícaro. ¡Dolor de mí, si yo no supiera que hay mordiladas insertas en uncion de casco y pullas envueltas en lisonjas, y aun envidias enroscadas en alabanzas! Hermanitos, á otro perro. Mil años ha que hice esta obrecilla. Para aquel tiempo sobraba, y si no fueran mocitos, que de lástima no me han dejado vaciar esta conserva, ya hubiera este librito ídose por su pié á la especiería. Dícenme que está muy bueno el librito picarero y que se holgaran con él. Vayais norabuena, librito mio, que mas cuestan los naipes, y valen menos. Si ello el libro está bueno, buen provecho les haga; y si malo, perdonen; que mal se pueden purgar bien los enfermos si yo me pongo ahora muy de espacio á purgar la Pícara. Mas ¡ay, que se me olvidaba que era mujer, y me llamo Justina! Vayan con Dios, que estábamos hablando yo y el señor don papel de culebrilla.

Señor don papel, como digo de mi cuento, si alguno de estos hombriperros ó perrihombres os saliere á cantar por delante, y á morder por detrás, no tengais pena, que, teniendo culebrilla, con lo que os ladraren jugaréis de diente, y con lo que os cantaren con lisonja ó sin lisonja haréis lo que la culebra, cosiendo el un oido con el suelo de humildad, y el otro con la cola de despedida. El ignorante vulgo es de casta de perro de aldea, que halaga al zafio mal vestido, y ladra y muerde al caballero bien ataviado que pasa de camino, no teniendo otra causa de este mal acierto, otra que su natural ignorancia y el no tener trato ordinario con los de hábito semejante. Así, el vulgo ignorante, como no conoce ni sabe qué cosa es una discrecion en hábito peregrino, á bulto ladra á la fama del autor, y aun si puede morder, se ceba asaz. Culebra teneis, papel mio, defendeos. Si á lo grave que teneis os perdieren el respeto, silbades, y aprovechaos de que teneis culebra y teneis de pícaro lo que yo de pícara; y si prohidiaren, morded, que los dientes no se hicieron para echar melecinas. Solo os pido que si llegare un Perez de Guzman el Bueno, os rindais á su grandeza, acompañada de hidalga intencion y noble proceder, que ni por Perez tendrá pereza en haceros bien, ni por Guzman le será nuevo el usar de cortesía. Y generalmente quiero que os rindais y sujeteis al noble lector, que con bondad pasare los ojos por vuestros sanos consejos, vestidos con el zurron de chistes y gracias picarescas, que, en fin, teneis culebra y es vuestro oficio andar pecho por tierra. Ahora bien, mal ó bien preparado ya, tengo papel sin temor, dedo sin mancha, y pluma sin pelos. ¿Puesta estoy á figura para escribir? No me faltaba sino que vos, señor tintero, os entonásedes y hubiesémos menester hacer otros tantos conjuros. Mas yo os fio. Que siendo tan propio de cornudos el sufrir, siendo vos de

puro cuerno (por bien lo nombremos), forzoso será que sufrais estocadas de pluma que os saquen sangre tinta, y tengais tanta paciencia cuanta suele tener una olla de mondonguera ó mal cocinada, en la cual, segun decia Cisneros, es mucho de ponderar, que, aunque tan de ordinario es combatida de esmerilazos de cucharrear, jamás quebró ni estalló ni hendió por los lados mas que si las tales ollas fueran encantadas. Agua va, desviense, que lo tengo á punto, y va de historia.

APROVECHAMIENTO.

La verdadera sabiduría es luz, que no solo descubre su objeto, pero á sí misma se manifiesta á quien la posee, de manera que nadie hay que mejor sepa lo que sabe ó lo que ignora que aquel en quien la ciencia está. Y por el contrario, el ignorante la primera ignorancia que tiene es de que es ignorante. De aquí es que con razon pinta el autor esta mujercilla tan hueca, de cuatro jeroglíficos que leyó en cualque romancero, en el entretanto que se le sacaban los paños ó traian el medio para medir cebada, que le parece que no hay sabio de Grecia á quien no la gane, ni hombre que no invidie su sabiduría y elocuencia.